

## Prólogo

*Ilse María Reyes*

Este libro trata de recoger las historias de aquellas mujeres hondureñas con escenas, contextos y lugares diferentes que muestran su experiencia y la perspectiva de cómo ha sido la poca o mucha trayectoria en su vida como mujeres. Además, en estas páginas se exponen cómo, en ese recorrido, se han topado con la violencia, discriminación y el machismo. Pero, también, comparten cómo han sabido superar algunos de estos conceptos, por lo que este prólogo lo usaré para hablar sobre mi experiencia siendo mujer.

Evocar y volver hacia atrás para llegar a lo que hoy en día soy puede que sea tan interesante como cada una de las biografías de este libro que, al igual que yo, se detuvieron para expresar y revelar las emociones, buenas o malas, que marcaron sus vidas. También aprovecho para recoger mis perspectivas y experiencias. Creo que para ello no hay ejemplo mejor que las anécdotas de mi madre.

Las mujeres hondureñas nos hemos levantado: somos diferentes, no todas, pero sí muchas de nosotras. Si retrocedemos en el tiempo, el prototipo de mujer estaba basado en el pensamiento tradicional de una vida sometida a ser mantenida económicamente por el hombre.

Para una mujer, un hombre responsable era considerado sinónimo de un futuro seguro, ya que el papel de la mujer se inclinaba al pensamiento de ama de casa que atiende a sus hijos y a su marido.

Todo esto lo sé porque cuando me tumbaba en la hamaca con mi madre para charlar, espontáneamente, mi imaginación hacía que me viese dentro de la historia que ella me narraba.

Entre sus anécdotas, confesaba que su deseo como mujer era encontrar un buen hombre, que para ella significaba alguien trabajador y responsable con quien pasar el resto de su vida y formar una familia. Sin embargo, es inevitable que pueda aparecer un perfil de hombre machista ya que, dentro de la historia del país, este pensamiento sexista aún persiste en nuestra sociedad.

En cuanto a la educación, según me relataba mi madre, en la zona rural en la que ella se crio el objetivo de la educación se basaba en saber leer y escribir. En ese sentido, cursar primaria era más que suficiente para luego pasar a la vida de esposa, ama de casa y madre.

Sin embargo, las mujeres *capitalinas*, o sea, mujeres de las ciudades o de la capital de Honduras, compartían la misma perspectiva, pero con una mínima diferencia. Pues estas, además de estar sometidas, buscaban apoyar y mantener a su familia, trabajando en diversos oficios: haciendo tortillas de maíz para luego salir a venderlas; limpiando casas; planchando; confeccionando ropa...

Una gran cantidad de hondureñas siguen laborando en estos oficios básicos heredados y que son destinados a este perfil de mujer pobre. La mayoría de mujeres jóvenes aprendimos estas habilidades por dos motivos. En primer lugar, porque nuestros referentes han sido nuestras madres. Y segundo, porque seguimos viviendo en una sociedad cuya ideo-

logía social exige de la mujer que sea capaz de desarrollar estas competencias.

Siendo una niña ayudaba a mi madre y es así como aprendí a hacer tortillas de maíz, aunque no pasó por mi mente dedicarme a ello, únicamente lo hacía para ayudarla. Mi objetivo era ser maestra, y con el paso de los años, poco a poco, lo he ido logrando, hasta el punto de cursar un máster en Sevilla, un gran logro para cualquier persona nacida en Honduras.

Cuando tenía 15 años observé un hecho que se repetía: mis compañeras, muchas de ellas con un buen rendimiento académico, se quedaban embarazadas. Eso les supuso múltiples problemas y el paso de muchos prejuicios sobre sus hombros. No solo sufrieron una discriminación cotidiana por parte de los hombres, sino que las mismas ancianas emitían rechazos y críticas hacia estas jóvenes. Iba andando por la calle y era imposible no escuchar prejuicios contra estas.

Recuerdo mucho esa situación, ya que ha quedado marcada en mi vida. Ver como chicas de mi edad estaban comenzando una etapa que aún no les tocaba vivir y en la cual se les exigía un esfuerzo que todavía no les correspondía como ser ama de casa. Además, debido a que en muchas ocasiones los novios las abandonaban, debían buscar un trabajo para poder subsistir, porque para ellos el sexo representó la libertad del desenfreno y del entretenimiento. Es por esta razón que el empoderamiento de la mujer volviese a descender y muchas chicas abandonen sus estudios y se dediquen al cuidado del hogar y la crianza de los hijos.

Sin embargo, la mujer hondureña está evolucionando. Actualmente, una mínima, pero representativa cantidad de jóvenes han dejados sus pueblos apostando por estudiar en la universidad.

Este hecho demuestra un avance indicativo de que las mujeres ya no somos un objeto mudo, sino que existe un deseo y una pasión por ser algo más. Salir del mundo sometido por los hombres no nos convierte en revolucionarias ni en unas «rebeldes hembristas», sino en mujeres con ilusiones, que aspiramos a ser lo que nosotras queremos y no lo que otros nos impongan.

Por desgracia, no se puede decir que todas las mujeres hondureñas piensen en una superación personal y no todas se han trasladado a la ciudad para estudiar. Todavía hay muchas mujeres que se encuentran en situaciones y ambientes tradicionales, tanto en la ciudad como en las zonas rurales del país.

Afortunadamente, he conocido a mujeres que sí luchan por su futuro. Es el caso de Julieta Castellanos que mantuvo el cargo de rectora en la Universidad Autónoma de Honduras. También, entre aquellos profesores que me educaron, un 95% fueron mujeres. Asimismo, la mayoría de las personas que me atienden en los mercados son mujeres. En la televisión, podemos observar actualmente un sinnúmero de programas donde la mujer se destaca y se pone al nivel que tiene un hombre, incluso en programas deportivos.

Durante toda mi vida he visto discriminación y violencia, pero en mi subconsciente no era capaz de ponerle eti-

queta a lo que sucedía a mi alrededor, e incluso creía que era normal actuar de esa manera.

No obstante, mi estancia de un año en España me ha abierto los ojos. Me he dado cuenta de que no solo es violencia que un hombre me agrede, sino también el acoso y los piropos en la calle. En Honduras simplemente caminas y en cuestión de segundos describen a gritos esos deseos sexuales que una mujer no desea escuchar. Muchas veces escuché esos comentarios obscenos que de niña me creaban el temor a que en cualquier momento podía ser violada. Esa era la más terrible sensación e hizo de mí una mujer con muchos miedos y sin libertad de vestirme como quería, ni actuar como deseaba. Las miradas también eran ese lenguaje sin palabras pero que indicaban deseo y muchas veces me he sentido hasta violada solo con los ojos.

Todo esto lo recuerdo, pero ya no me afecta de la misma manera porque encontré un lugar que, poco a poco, hizo que mis miedos como mujer fuesen desapareciendo. Descubrí en ese lugar esa sintonía de igualdad entre hombres y mujeres, ya que todos hacemos y compartimos las mismas actividades. Ese lugar se llama ACOES, una asociación que apuesta por la educación y el progreso de las personas en el que jóvenes con edades comprendidas entre 15 y 35 años se encarga de gestionar ayudas humanitarias para las zonas de escasos recursos en Honduras. Ese espíritu de colaboración me hizo convertirme en una mujer fuerte y muy independiente, con una perspectiva diferente del futuro que deseaba para mi vida.

Ahora, recordar los terribles piropos con carga sexual ya no son para mí algo de temor y miedo, sino un sentimiento que forma parte de mi pasado. Hay un cambio en mí como mujer y seguro que lo habrá para muchas otras chicas como yo.